

## “DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS II” (1)

Esa mayor profundización sobre tan extraordinario tema y que yo mismo me exigía en el anterior escrito de fecha 20 de abril último ha venido a mis manos, por consiguiente también a mi cerebro, de una manera tan sencilla y natural que resulta sorprendente.

En primer lugar la veneración de la Sábana Santa de Turín durante la tarde del pasado domingo 2 de mayo por parte de BENEDICTO XVI nos ha sorprendido a todos con esa repentina meditación que el Papa pronunció en la misma catedral durante la exposición de la “Sindone”. Lo que entonces dijo su Santidad puedo reproducirlo ahora pues ha sido publicado. Fue lo siguiente:

*“Se trata de un momento muy esperado por mí. En otra ocasión, estuve ante la Sábana Santa, pero ahora vivo esta peregrinación con particular intensidad: quizá porque el paso de los años me hace todavía más sensible al mensaje de este extraordinario icono; quizá, y diría sobre todo, porque estoy aquí como sucesor de Pedro, y traigo en mi corazón a toda la Iglesia, es más, a toda la humanidad. Doy las gracias a Dios por el don de esta peregrinación, y también por la oportunidad de compartir con vosotros una breve meditación, que me sugiere el subtítulo de esta solemne exposición: «El misterio del Sábado Santo».*

*Se puede decir que la Sábana Santa es el icono de este misterio, icono del Sábado Santo. De hecho, es una tela de sepulcro, que ha envuelto el cuerpo de un hombre crucificado, y que corresponde en todo a lo que nos dicen los Evangelios sobre Jesús, quien crucificado hacia mediodía, expiró a eso de las tres de la tarde. Al caer la noche, dado que era la Parasceve, es decir, la vigilia del sábado solemne de Pascua, José de Arimatea, un rico y autorizado miembro del Sanedrín, pidió valientemente a Poncio Pilato que le permitiera sepultar a Jesús en su sepulcro nuevo, que había excavado en la roca a poca distancia del Gólgota. Tras alcanzar el permiso, compró una sábana y, tras la deposición del cuerpo de Jesús de la cruz, lo envolvió con aquel lienzo y lo puso en aquella tumba (Cf. Marcos 15,42-46). Es lo que refiere el Evangelio de Marcos y con él concuerdan los demás evangelistas. Desde ese momento, Jesús permaneció en el sepulcro hasta el alba del día después del sábado, y la Sábana de Turín nos ofrece la imagen de cómo era su cuerpo en la tumba durante ese tiempo, que cronológicamente fue breve (en torno a un día y medio), pero con un valor y un significado inmenso e infinito.*

*El Sábado Santo es el día del escondimiento de Dios, como se lee en una antigua homilía: «¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y soledad, porque el Rey duerme [...]. Dios en la carne ha muerto y el Abismo ha despertado» (Homilía sobre el Sábado Santo, PG 43, 439). En el Credo, profesamos que Jesucristo «padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos».*

*Queridos hermanos y hermanas: en nuestro tiempo, especialmente después del siglo pasado, la humanidad se ha hecho particularmente sensible al misterio del Sábado Santo. El escondimiento de Dios forma parte de la espiritualidad del hombre contemporáneo, de manera existencial, casi inconsciente, como un vacío en el corazón que ha ido haciéndose cada vez más grande. Al final del siglo XIX, Nietzsche escribía: «¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros le hemos matado!». Esta famosa expresión, si se analiza bien, es tomada casi al pie de la letra, por la tradición cristiana, con frecuencia la repetimos en el Vía Crucis, quizá sin darnos cuenta plenamente de lo que decimos. Después de las dos guerras mundiales, de los lagers y de los gulags, de Hiroshima y Nagasaki, nuestra época se ha convertido cada vez más en un Sábado Santo: la oscuridad de este día interpela a todos los que reflexionan sobre la vida, de manera particular nos interpela a nosotros, creyentes. También nosotros tenemos que vérnoslas con esta oscuridad.*

*Y, sin embargo, la muerte del Hijo de Dios, de Jesús de Nazaret, tiene un aspecto opuesto, totalmente positivo, fuente de consuelo y de esperanza. Y esto me hace pensar en el hecho de que la Sábana Santa se comporta como un documento «fotográfico», dotado de un «positivo» y de un «negativo». De hecho, es precisamente así: el misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más luminoso de una esperanza que no tiene confines. El Sábado Santo es la «tierra de nadie» entre la muerte y la resurrección, pero en esta «tierra de nadie» ha entrado Uno, el Único, que la ha recorrido con los signos de su Pasión por el hombre: «Passio Christi. Passio hominis». Y la Sábana Santa nos habla exactamente de ese momento, es testigo precisamente de ese intervalo único e irrepetible en la historia de la humanidad y del universo, en el que Dios, en Jesucristo, ha compartido no sólo nuestro morir, sino también nuestra permanencia en la muerte. La solidaridad más radical.*

*En ese «tiempo-más-allá-del-tiempo», Jesucristo «descendió a los infiernos». ¿Qué significa esta expresión? Quiere decir que Dios, hecho hombre, ha llegado hasta el punto de entrar en la soledad máxima y absoluta del hombre, donde no llega ningún rayo de amor, donde reina el abandono total sin ninguna palabra de consuelo: "los infiernos". Jesucristo, permaneciendo en la muerte, cruzó la puerta de esta soledad última para guiarnos también a nosotros y atravesarla con él.*

*Todos hemos experimentado alguna vez una sensación aterradora de abandono, y lo que más miedo nos da de la muerte es precisamente eso, como niños que tenemos miedo de estar solos en la oscuridad y sólo la presencia de una personas que nos ama nos puede tranquilizar. Esto es precisamente lo que sucedió en el Sábado Santo: en el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró "en los infiernos"; incluso en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos saca afuera. El ser humano vive por el hecho de que es amado y puede amar; y si incluso en el espacio de*

*la muerte ha llegado a penetrar el amor, entonces incluso allí ha llegado la vida. En la hora de la máxima soledad nunca estaremos solos: «Passio Christi. Passio hominis».*

*¡Este es el misterio de Sábado Santo! Precisamente desde allí, desde la oscuridad de la muerte del Hijo de Dios, ha surgido la luz de una nueva esperanza: la luz de la Resurrección. Me parece que al contemplar esta sagrada tela con los ojos de la fe se percibe algo de esa luz. La Sábana Santa ha quedado sumergida en esa oscuridad profunda, pero es al mismo tiempo luminosa; y yo pienso que si miles y miles de personas vienen a venerarla, sin contar a quienes la contemplan a través de las imágenes, es porque en ella no sólo ven la oscuridad, sino también la luz; más que la derrota de la vida y del amor, ven la victoria, la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio; ciertamente ven la muerte de Jesús, pero entrevén su Resurrección; en el seno de la muerte ahora palpita la vida, pues en ella mora el amor. Este es el poder de la Sábana Santa: del rostro de este «varón de dolores», que carga con la pasión del hombre de todo tiempo y lugar, incluso con nuestras pasiones, nuestros sufrimientos, nuestras dificultades, nuestros pecados --«Passio Christi. Passio hominis»-- emana una solemne majestad, un señorío paradójico. Este rostro, estas manos y estos pies, este costado, todo este cuerpo habla, es en sí mismo una palabra que podemos escuchar en silencio ¿Cómo habla la Sábana Santa? ¡Habla con la sangre, y la sangre es la vida! La Sábana Santa es un icono escrito con sangre; sangre de un hombre flagelado, coronado de espinas, crucificado y herido en el costado derecho. La imagen impresa en la Sábana Santa es la de un muerto, pero la sangre habla de su vida. Cada traza de sangre habla de amor y de vida. Especialmente esa gran mancha cercana al costado, hecha de la sangre y del agua manados copiosamente de una gran herida provocada por una lanza romana, esa sangre y ese agua hablan de vida. Es como un manantial que murmura en el silencio y nosotros podemos oírlo, podemos escucharlo, en el silencio del Sábado Santo.*

*Queridos amigos, alabemos siempre al Señor por su amor fiel y misericordioso. Al salir de este lugar santo, nos llevamos en los ojos la imagen de la Sábana Santa, llevamos en el corazón esta palabra de amor, y alabamos a Dios con una vida llena de fe, de esperanza y de caridad. Gracias”<sup>(2)</sup>.*

Más sorprendente fue aún la manera que me proporcionó el acceso a la cuarta y última de las fuentes que utilizaré en este trabajo: el teólogo suizo HANS URS VON BALTHASAR. Estaba sentado delante de una mesa que alberga en mi casa una serie de libros, más bien pequeños, todos de espiritualidad, que quiero siempre tener a mi alcance por la necesidad de su posible utilización instantánea. Hacia tiempo que no les pasaba revista y, de repente, se me ocurrió barajarlos pensando que en alguno de ellos podría haber algo sobre el descenso de Jesucristo a los infiernos.

Cuando moví el tercero de ellos tuve un claro presentimiento de que allí se encontraría lo que buscaba. El libro, o mejor dicho el librito se titulaba “La vie surgie de la mort” (3). No tuve que pasar muchas páginas. Pronto verifiqué que su parte sustancial versaba sobre el tránsito a la vida subsiguiente a la muerte. Una breve ojeada bastó para comprobar que allí se trataba en profundidad el tema de los infiernos.

Mas antes de proseguir creo imprescindible daros unas pinceladas sobre el personaje en cuya doctrina me voy apoyar. HANS URS VON BALTHASAR (Lucerna 1905-Basilea 1988) fue un teólogo católico suizo. Estudió literatura alemana y filosofía en las Universidades de Zurich, Viena y Berlín y obtuvo el doctorado en teología por la Universidad de Zurich. En 1929 ingresó en la Compañía de Jesús recibiendo la ordenación sacerdotal en 1936. Abandona la Compañía de Jesús en 1950 y se incardina en la diócesis de Chur. Ha estado en contacto constante con una cultura plurilingüística (alemán, francés e inglés) y ecuménica, pues varios de sus familiares eran protestantes. Conoce a fondo la obra de Bernanos Peguy y Claudel. La última polémica de su vida tuvo lugar porque su optimismo salvífico alimentado por la fe, le impedía afirmar que el infierno estuviera ocupado, idea que parecía insoportable a quienes comprendían de otro modo la ortodoxia de la fe. A lo largo de su vida había ido levantando una obra inmensa, inabarcable, desmesurada, que paulatinamente se irá abriendo camino por su grandeza imponente, por su horizonte deslumbrante, por su aliento de eclesiaridad, por su cultura inagotable, por ser expresión de una fe confesada y de una visión eclesial asumida. Su persona y su obra recibieron múltiples reconocimientos que culminaron con su nombramiento como cardenal. Murió, sin embargo, en Basilea el 26 de junio de 1988 cuando se preparaba para acudir a Roma y recibir el capelo cardenalicio.

Es el único teólogo católico del siglo XX del que se puede decir fue “un genio universal”, “el hombre más culto de nuestro tiempo, etc.” (4).

Esta es su exégesis sobre el tema del descenso a los infiernos:

*“No es la Pascua lo que sucede al Viernes Santo si no el «descenso a la estancia de los muertos» en la cual, según los salmos, ninguna persona tiene la fuerza viva de alabar a Dios: «In inferno quis confetibur tibi?», «en el Sheol, quién podría alabarte?» (Ps 6, 6). La muerte es la supresión de toda vida y de sus funciones; no es por lo tanto la nada o el puro aniquilamiento aunque nosotros no podamos imaginarnos simplemente este estado en el que la vida no es quitada, este estado en el que el cuerpo retorna a la tierra y la vida a Dios que es su autor (Job 34, 14, sg; Ps 104, 29; Qo 12, 7). Es como una expiración y una inspiración de Dios. Resulta claro que Él sólo que es fuente de toda vida puede insuflar una nueva vida al muerto, – que no está reducido a la nada – . De manera soberana, libre cualesquiera que sean los méritos o contribuciones a los méritos de la vida pasada. Él sólo es aquel que «da la vida a los muertos». (Rm 4,17) «en la extraordinaria grandeza de su potencia y según el vigor de su fuerza». Según la expresión*

que va más allá de toda expresión de Pablo (Ef 1, 19). Lo que vale para la resurrección de Cristo «de entre los muertos» vale igualmente para nosotros que todavía no estamos muertos físicamente sino espiritualmente: «ofrecoos a Dios como vivos venidos de la muerte» (Rom 6, 13); «levántate de entre los muertos y sobre ti alumbrará el Cristo (Ef 5, 14) pero esto solamente será porque Dios primero, «de entre los muertos» ha llamado a su vida divina a su Hijo muerto (Mt 17, 9; Lc 16, 30 sg.; 24, 46; Jn 20, 9; Ac 3, 15; 13, 30; 17, 3; He 13, 20).

Y he aquí el punto decisivo: esta nueva vida que deja la muerte definitivamente detrás de ella es, sin embargo, una vida surgida de la muerte, marcada por su travesía de la muerte: es una vida que, de una parte tiene poder sobre la muerte – «yo detento la llave de la muerte y del Hades» (Ap 1, 18) – pero está, de otra parte, interiormente marcada por el acontecimiento y la experiencia de la muerte en la medida que ha sido y permanece como la entrega total de sí mismo, la realización suprema de la vida. Es por lo que el Cordero del Apocalipsis lleva eternamente la huella de la muerte: está vivo pero «como degollado» (Ap 5, 6. 9. 12; 13, 8) ya que “el Cordero sin reproche y sin tacha desde antes de la fundación del mundo estaba destinado «a ser degollado» (1 P 1 19 sg.) no se ve porque no podría traducirse por: «el Cordero degollado desde el origen del mundo»”. Necesariamente aquel que estaba destinado a recibir poder y juicio sobre los vivos y los muertos debía también aprender a conocer todos los estados de la vida humana que se acaba por la muerte; aquel delante del que “toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra, sobre y bajo la tierra, (en el reino de los muertos) (Ph 2, 10) aquel que debía subir más allá de todos los cielos también debía haber atravesado los «lugares» y «los estados más profundos de la tierra»” (en el reino de los muertos) (Ef 4, 9) <sup>(5)</sup>. Y de estas alturas divinas más allá de los cielos, el Cristo no solamente colma el Universo si no que también atribuye todas las misiones eclesiales marcadas con su sello que recibirán así la huella de su vida hasta la muerte y de la vida surgida de la muerte.

Pero si la muerte de donde la potencia de Dios retira al Hijo, marca con su sello la vida eterna de Jesús, y necesariamente toda la parte mortal que ha condicionado igualmente su vida terrestre allí deja también su huella. ¡Y en esta vida que es lo que no ha sido marcado por la renuncia y la aniquilación en la voluntad del Padre!

El momento más intenso es lo que pasó a «la hora del Padre» y «de las tinieblas» en todas las etapas de la Pasión. El Hijo transfigurado, es llevado a la vida eterna como testimonian los estigmas ofrecidos a la vista de los discípulos. La más mortal de sus heridas, el corazón abierto, no se volverá a cerrar en la vida «que no tiene fin». Tomás metiendo la mano en el costado de Jesús no tocó más que la apertura de este corazón: nada del Cuerpo entregado ni de la Sangre vertida será recogido para restituir un cuerpo vivo tal y como nosotros lo entendemos pero el estado de derramamiento perfecto en la muerte es la cumbre que la vida podía alcanzar sobre la tierra y no es si no bajo esta figura de la ofrenda última que el Resucitado continúa corporalmente a vivir su

*vida eterna. No vive bajo una forma difusa y confusa, disolviendo su propio ser si no en una soberanía supremamente determinada que imprime su carácter filial a todos los dominios del universo llenos de su presencia.*

*Este carácter filial, sin embargo, no se concibe correctamente más que en el concepto trinitario. Lo que en la figura terrestre de Jesús no parecía todavía permitir al origen – el Padre – transparentarse ante nuestros ojos turbados es desde ahora en adelante perfectamente transparente. Así por ejemplo la Gloria deslumbrante en la que el Hijo se apareció al perseguidor de Damasco, en cumplimiento de todas las apariciones gloriosas de Yahvé en el Antiguo Testamento, ante Isaías, Ezequiel o Daniel en la que ninguno perdió la vista como Pablo lo hizo delante de tal Gloria. «Quién me ve, ve al Padre» no es más una paradoja para nosotros sino realidad inmediata. Jesús es mediador pero en la instantaneidad: «y yo no os digo que rogaré al Padre por vosotros pues el Padre os ama» (Jn 16, 26 sg). Y por lo mismo que él nos introduce en las profundidades del Padre nos insufla el Espíritu que nos ofrece los sentimientos y el corazón con los que podemos penetrar al Amor trinitario eterno en una libertad infinita. Pues «allí donde está el Señor, allí estará el Espíritu y allí donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Co 3, 17), la libertad de los hijos de Dios que tienen acceso al Padre por el Hijo en el Espíritu. En el Hijo resucitado su naturaleza humana participa directamente en la vida trinitaria. Esto aparece lo más claramente posible allí donde no se contenta de insuflar el Espíritu con Dios Padre si no que sopla por sí mismo de una manera increíblemente concreta sobre los Apóstoles para ofrecerles el Espíritu Santo y en Él el poder de perdonar los pecados (Jn 20, 22).*

*Pero el Resucitado, particularmente en Lucas y Juan es también el acabamiento de la humanidad – que no puede ser calificada más que como paradisíaca – las palabras, los gestos y los actos están impregnados de una dulzura que no tiene nada de abstracta ni de lejana si no que está del todo próxima, inspira confianza y en la que se siente, sin embargo, el pasaje a través de la muerte a una vida que contiene la última experiencia humana. ¿Qué de más tierno, de más íntimo que las palabras intercambiadas con María Magdalena cerca de la tumba abierta? ¿Qué más hechizante que el diálogo sobre el camino de Emmaús culminado en la fracción del pan? ¿Qué más íntimo y más contenido al mismo tiempo que el almuerzo al borde del lago? Y cuando hay motivo para protestar porque la fe decae ¿Qué más delicado, cuando en la amonestación se encuentra también el regalo de la presencia incluso del contacto como lo muestra de modo sorprendente la primera escena final de San Juan: Jesús permite que se le toque pero exhortando a renunciar a ello. O todavía ¿qué mayor delicadeza que el contenido vis-a-vis de Magdalena a fin de hacerle a cambio un regalo más grande y más “pascual”: la misión de anunciar la resurrección a sus hermanos.*

*Pero lo más maravilloso puede ser esto: Jesús apareciéndose a los discípulos que lo han renegado y huido vergonzosamente va más allá de la promesa de su propio perdón y pone en sus manos, como fruto de su cruz el poder eclesial de perdonar a su vez: “recibir el Espíritu Santo, aquellos a quienes perdonáis los pecados...”*

*Es en el Resucitado donde Dios aparece en toda su divinidad y el hombre en toda su humanidad pero los dos son indisociables. La majestad divina que se manifiesta en su no reconocimiento más que cuando él se da a reconocer no se separa del cotidiano terrenal pero se transforma directamente en proximidad más íntima. A los discípulos transidos de terror les da la paz, es decir, su paz que viene de la cruz, de la muerte y de los infiernos, una paz en la que la paz de la muerte ha entrado transfigurada.*

*«Yo estaba muerto y he aquí que estoy vivo para toda la eternidad y detento la llave de la muerte y del reino de los muertos» (Ap 1, 18). Él detenta esta llave porque él mismo estaba muerto en el Sheol pero además porque él ha llevado en sí mismo la muerte de todos, detentando así el poder sobre el conjunto del reino de los muertos. Lo mismo que su vida terrestre estaba enteramente polarizada sobre esta muerte de alcance universal, lo mismo su vida eterna permanece «eucaristizada» por ella”.*

¡Qué palabras más bellas, más profundas, más estremecedoras!

Gloria al Señor.  
Madrid, 12 de mayo de 2010  
Fernando Escardó

## NOTAS

---

- (1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.
- (2) Zenit. El mundo visto desde Roma. Servicio diario correspondiente al 2 de mayo de 2010. Páginas 15 a 17, ambas inclusive.
- (3) “La vie surgie de la mort. Meditations sur le Mystère pascal” de Hans Urs Von Balthasar, Socéval Éditions. Traducción francesa de Martine Huguet.
- (4) Datos tomados del “Diccionario de teólogos/as contemporáneos” de Juan Bosch O.P. Editorial Monte Carmelo 2004.
- (5) El diccionario de teología del Nuevo Testamento omite simplemente “bajo tierra” y reemplaza “más allá de todos los cielos” por “el cielo más alto”.